

PEDRO ARRUPE Y EL DISCERNIMIENTO

Agradezco primeramente al Párroco y a la Comunidad de la Parroquia La Dolorosa por haberme confiado este tema. He aceptado confiando que el Señor me dé luz para presentarles de la mejor manera posible lo esencial sobre el discernimiento, según el pensamiento y la experiencia del Padre Arrupe.

Antes de referirme al discernimiento, me permitiré presentar algunos datos biográficos del Padre Pedro Arrupe, que nos podrán servir de telón de fondo para hacernos una idea sobre su persona. Pedro Arrupe nació en Bilbao en 1907. Conoció de cerca los avances científicos de principios del siglo XX durante sus estudios de medicina en la Universidad Central de Madrid, en 1927 ingresó a la Compañía de Jesús, vivió en esos años los cambios de la política española hasta que en 1932 se marchó al exilio tras la disolución de la Compañía de Jesús en España por el gobierno de turno. Entre 1932 y 1936 durante su estancia en Bélgica y Alemania pudo constatar la confrontación entre el socialismo y el fascismo. En 1936 se trasladó a Estados Unidos, donde realizó sus estudios de Moral Médica y trabajó pastoralmente con los presos que se hallaban en cárceles de máxima seguridad. En 1938 fue destinado por el Padre General de la Compañía de Jesús al Japón. Desde su llegada se sumergió en la iluminadora realidad japonesa y en 1945 fue testigo presencial de la explosión de la bomba atómica en Hiroshima. Conmovido por el desastre, convirtió el noviciado en un hospital de emergencia. La explosión atómica de Hiroshima fue para él un signo de la tragedia humana y un presagio de una posible autodestrucción del hombre que se gloría de sí mismo. 25 años más tarde afirmará: *“No es la atómica la más terrible de las energías, hay otras más terribles aún. La desintegración atómica no sería de temer si no estuviese al servicio de la humanidad desintegrada por el odio.”*¹ En 1954 fue nombrado superior de los jesuitas en Japón. Realizó numerosos viajes pronunciando varias conferencias sobre su experiencia de Hiroshima y procurando recabar fondos para la Iglesia del entonces empobrecido Japón. En 1965 fue elegido General de la Compañía de Jesús, cargo que le exigió afrontar los tiempos críticos de los años sesenta, cuando la Iglesia y la

Compañía llevaban a cabo su renovación posconciliar, tras el Vaticano II. En 1974, con visión profética del presente y del futuro de la Compañía de Jesús y de la humanidad, convocó la Congregación General XXXII, que supondrá un hito fundamental en la historia de los jesuitas, sobre todo por la proclamación de que la fe en Dios ha de ir insoslayablemente unida a la lucha contra la injusticia. Lleno de valor y, sobre todo, de una inquebrantable fe en Dios, tuvo que sufrir incomprendimientos y contradicciones de todas partes, incluso de las más altas instancias de la Iglesia. Marcó, sin embargo, unos derroteros que no dejarán de influir, no sólo en la historia de la Compañía de Jesús y de la Iglesia, sino en la de toda humanidad. Introdujo en la vida y reflexión de la Iglesia el tema de la inculturación, se preocupó por la renovación del hombre a través de la fe en medio de un contexto secularizado y por la promoción de la justicia como elemento indispensable de la dimensión social de la fe. Consideró que el diálogo ecuménico, la reconciliación y la unión de los cristianos son tareas esenciales de la Iglesia, puesto que la lucha contra la injusticia requiere siempre de la caridad y de la fraternidad cristianas. En 1991 falleció tras una larga enfermedad de una dolorosa inactividad y postración, sobrellevada con una inquebrantable confianza en su Señor. Las últimas palabras de este hombre que luchó infatigablemente con su mirada puesta en Dios fueron: *“Para el presente, amén; para el futuro, aleluya.”*

Hasta aquí algunos datos biográficos, que ponen de manifiesto la talla y la universalidad de este hombre comprometido con la Compañía de Jesús, con la Iglesia y con el mundo. Sin embargo, como el mismo Arrupe solía decir: *“La biografía más interesante es la que se escribe sin tinta, porque lo más importante de una vida es incomunicable”*².

Y justamente el tema que hoy me ha tocado tratar, el discernimiento, tiene que ver con esa parte más interesante de la vida que siempre permanecerá incomunicable por ser única, por referirse al encuentro íntimo de Dios con la persona, y que se verá reflejado externamente en el estilo de vida de la misma. Haré, por lo tanto, el intento de presentar ante ustedes este tema del discernimiento, que constituye parte esencial de la experiencia creyente e ignaciana de Pedro Arrupe, recogiendo algunas de las características que más me han impresionado de su rica personalidad y de su relación con ese Dios, que para él está por encima de todas las cosas.

¹ Arrupe P., Ante un mundo en cambio, pág. 11

² Lamet Pedro Miguel, Arrupe una explosión en la Iglesia, pág. 15

Preguntémosnos primeramente ¿qué se entiende por discernimiento espiritual? El discernimiento hace referencia a la búsqueda de la voluntad de Dios, a la interpretación que la persona hace de la misma y a la respuesta que ésta da a Dios en su vida. Podríamos decir que el discernimiento espiritual es todo un arte que requiere de una sensibilidad especial y también de una práctica constante, que nos abre siempre a panoramas nuevos. Pero el discernimiento es ante todo gracia, don del Espíritu, que se comunica y actúa en la persona haciéndola mirar más allá de la lógica humana y moviéndole a un compromiso evangélico cada vez mayor.

Esta actitud de buscar y discernir en cada momento la voluntad de Dios, de ser fiel a lo más profundo de uno mismo, de ser auténtico hasta las últimas consecuencias, será la clave espiritual de toda la vida de Pedro Arrupe. Este vivir centrado en Dios y esta conexión con lo profundo de su yo nos ayudan a explicarnos su unidad interna, su sencillez, su transparencia y su apertura, características que saltan a la vista al leer sus libros y su vida, y que según los testimonios de quienes lo conocieron “*arrastraron a muchos a la conversión*”³. Su respeto, su tolerancia, su delicadeza en el trato, su respuesta intuitiva rápida y eficaz a los desafíos de los tiempos y su fidelidad al carisma ignaciano causaron admiración en creyentes y agnósticos, en orientales y occidentales, en intelectuales y en gente de la calle. Una de sus colaboradoras cercanas que le ayudaba con la transcripción de sus textos dice de él: “*Lo que más me llamaba la atención es que su espíritu sobrenatural no estaba reñido con su gran sentido humano. Tenía una fe incommovible. En ella se apoyaba. Ella lo impulsaba. De ella sacaba fuerzas para trabajar sin descanso.*”⁴

Mediante el discernimiento el Padre Arrupe aprendió a escuchar la voz de Dios desde el fondo de sí mismo. Se adentró en el apasionante camino de los EE de San Ignacio de Loyola, entrenándose en distinguir las consolaciones de las desolaciones y en vivir “como si presente se hallase” en medio de los paisajes y junto a los personajes del Evangelio, de modo que Jesús comenzó a hacersele familiar, íntimo. En Jesucristo descubrió Arrupe su razón personal de existir y de obrar, en El centró progresivamente su vida y sobre El fundamentó su obra. En una entrevista de prensa llegó a afirmar: “*Jesucristo es para mí TODO. Fue mi ideal desde mi entrada en la Compañía, fue y continúa siendo mi camino, fue y siempre es mi fuerza. ...Si quitara a Jesucristo de mi vida, todo se caería, como un*

³ Lamet Pedro Miguel, Arrupe una explosión en la Iglesia, pág. 145

cuerpo al que se le retira el esqueleto, el corazón y la cabeza.”⁵ En Jesucristo descubre Arrupe el ideal de su modo de proceder, por eso fija en Él los ojos de su fe. El amor a Cristo era la fuente de donde brotaba su alegría, su coraje para emprender proyectos nuevos y adaptarse a los cambios, su aceptación de los fracasos, el ánimo y la confianza que infundía en sus compañeros jesuitas en las más difíciles situaciones, su sensibilidad que se hace solidaridad y justicia para todos los seres humanos.

Estos dos elementos: el amor a Cristo y la búsqueda de la voluntad de Dios fundamentan el discernimiento de este hombre abierto a Dios y al mundo.

Arrupe hacía vida lo que enseñaba, experimentaba la gracia de Dios a través de un discernimiento dinámico que lo transforma y transmite a los demás, ‘transformación’ que, como él mismo dice: *“es el abandono de algo que somos nosotros mismos: nuestro antiguo yo con sus prejuicios, sus convicciones, sus actitudes, sus valores, sus maneras de pensar y de actuar demasiado humanas, demasiado mundanas; esos hábitos que han llegado a constituir una parte tan nuestra, que la sola idea de separarnos de ellos supone una verdadera agonía, cuando son precisamente ellos los que nos impiden interpretar con exactitud los signos de los tiempos, y ver la vida con sabiduría, en toda su plenitud.”*⁶

Desde la disponibilidad a las inspiraciones del Espíritu, es decir, desde la libertad que Dios le daba a través de ese éxodo de sí mismo, Arrupe se abrió al mundo y a todos los temas humanos con humildad. El Padre Eduardo Briceño, amigo y colaborador suyo, define así el estilo de vida de Arrupe: *“...un hombre poseído de una misión a la que no quería quitar un solo instante de su vida; pero al mismo tiempo, un hombre sencillo, sereno, lleno de bondad y extraordinariamente respetuoso con el parecer de los demás.”*⁷ Esta humildad no le llevó a desentenderse de los problemas del hombre y del mundo ni a quedarse callado ante la injusticia, sino que le condujo a superarla, a buscar soluciones concretas, a promover una formación sólida que facilite la defensa de la justicia y dé prioridad al trabajo con los más pobres y con los refugiados, a preocuparse por la renovación de la Compañía de Jesús y de la Iglesia, a adentrarse en el tema del ateísmo y la increencia, en resumidas cuentas, a animar a los demás para construir una sociedad más humana y más cristiana.

⁴ Lamet Pedro Miguel, Arrupe una explosión en la Iglesia, pág. 240

⁵ Lamet Pedro Miguel, Arrupe una explosión en la Iglesia, pág. 364

⁶ Arrupe P., La Iglesia de hoy y del futuro, pág. 323

⁷ Lamet, pág. 365

Las palabras de Jesús, que aluden al Espíritu que recibirán los que creyeran en El, “*de lo más profundo de todo aquel que crea en mí brotarán ríos de agua viva*”⁸ pueden ser perfectamente aplicadas al P. Arrupe, quien -como manifiesta Pedro Miguel Lamet al narrar su vida,- “*fue un testigo de excepción de este agitado siglo que nos ha tocado vivir.*”⁹

Arrupe fue un hombre vitalmente convencido de su misión. La fórmula ignaciana de “buscar y hallar a Dios en todas las cosas” le llevó mirar al mundo, a examinar sus necesidades y a servir, le llevó –como él mismo aconsejaba a sus compañeros – “*a buscar soluciones divinas a los angustiosos problemas humanos de hoy. Y al decir “divinas” no quiero decir soluciones meramente espirituales de un angelismo desencarnado. Me refiero a soluciones que sean verdaderamente concretas, una encarnación actual del designio de Dios sobre el mundo de hoy, cuya búsqueda ha de estar iluminada por la fe*”¹⁰.

Su rica experiencia humana, iluminada a través del discernimiento por la gracia de Dios, le impidieron cerrarse a cualquier novedad histórica por problemática y desconcertante que ésta pareciera y abrirse sin temor a los desafíos de los tiempos, pues tal como el mismo Arrupe expresara en una de sus homilías en Roma: “*esta vida de amor a Cristo y a los hermanos no sólo es la más perfecta expresión del cristianismo, sino que trae consigo las características propias del Espíritu de Dios: hace desaparecer el temor, pues en el amor perfecto no hay temor, al contrario, el amor perfecto excluye el temor, aleja la angustia*”¹¹. Quienes lo conocieron afirman que Pedro Arrupe se caracterizaba justamente por no temer a nada, pues no se desanimaba ante las contrariedades ni ante los problemas del mundo. Muy por el contrario, siempre estaba dispuesto a todo, optimista de que la fe y el mundo avanzarían, a un “*ritmo (que como él mismo expresa) sólo el Señor puede saber*”¹².

En cierta ocasión, un periodista se atrevió a preguntarle: “*¿No le parece que usted es demasiado optimista?*”. Su respuesta fue: “*Quizá lo sea. Creo que viendo las cosas tal y como son, y sabiendo que estamos en las manos de Dios, y que Dios es omnipotente, aún cuando parezca que las cosas van mal, jamás podrán ir mal, si se sigue a Dios y se es ayudado por la Providencia Divina.*”¹³ No se trata de un optimismo ciego y triunfalista

⁸ Jn 7,38-39

⁹ Lamet Pedro Miguel, Arrupe una explosión en la Iglesia, pág. 14

¹⁰ Arrupe Pedro, Ante un mundo en cambio, pág. 78-79

¹¹ Lamet Pedro Miguel, Arrupe una explosión en la Iglesia, pág. 128

¹² Arrupe P., Ante un mundo en cambio, pág 418

¹³ Arrupe P., Ante un mundo en cambio, pág. 363

basado en la mera ilusión, sino de un optimismo iluminado fundamentado en la fe en Dios, que le impide sentirse derrotado. El estar continuamente discerniendo, es decir, descifrando la voluntad de Dios que se manifiesta no sólo en su vida personal, sino también en los acontecimientos y en las complejas realidades del mundo, le lleva a Pedro Arrupe a confiar cada vez más en el Espíritu de Dios que según sus propias palabras “*trabaja a ojos vistas en el mundo*”¹⁴ y a confiar en la bondad fundamental del hombre, que para él son los dos elementos básicos de la esperanza. Arrupe, que había sido testigo de la bomba atómica de Hiroshima, creía que la historia podría cambiar para mejor porque veía al Espíritu de Dios actuando en todo lo que nos rodea y porque pensaba que en el fondo de cada ser humano existe un reducto de bondad que hay que ponerlo a producir. En este sentido, me atrevo a afirmar que Arrupe consiguió integrar vitalmente la intimidad de su oración con su pasión por los hombres, pues intentó vivir cada experiencia con profundidad, reviviéndola en su oración penetrada por el discernimiento ignaciano, para tratar de percibir en dónde y cuándo se manifestaba el Señor. Estaba convencido, tal como rezan las Constituciones de la Compañía de Jesús, que solamente los dones interiores hacen efectivos los medios exteriores que se usan para conseguir el bien que se pretende¹⁵.

Al ser preguntado por la Revista América, publicación de los jesuitas norteamericanos, sobre el consejo que daría a un joven que deseara entrar en la Compañía de Jesús, Arrupe respondió: “*Que mire al mundo, examine sus necesidades y vea donde puede realizar su mejor servicio. Que se deje llevar por el Espíritu y lo siga a ciegas. No sabrá tal vez a dónde lo conducirá hasta que su carisma personal no se haya encarnado en la realidad.*”

Creo que todos nosotros, no sólo los jesuitas, sino fundamentalmente los laicos debemos mirar al mundo, examinar sus necesidades y realizar nuestro mejor servicio. Se trata de aplicar ese discernimiento que caracterizó la vida de Arrupe, comenzando por una toma conciencia de todas nuestras debilidades y limitaciones, de todo aquello que condiciona nuestras opiniones, opciones, decisiones y acciones. Requerimos de una verdadera metanoia, es decir de una conversión, de un profundo cambio de mentalidad, que nos permita abrirnos a Dios y a los demás. Requerimos de “*una espiritualidad fuerte*” como decía Arrupe, “*enraizada en la disponibilidad, el amor y el servicio, de un discernimiento*

¹⁴ Arrupe P., Ante un mundo en cambio, pág. 85

¹⁵ Constituciones de la Compañía de Jesús, 812-13: cfr 134, 414

*que nos impida refugiarnos en una cómoda inactividad y nos conduzca hacia un compromiso más efectivo y evangélico dentro de un sano realismo”*¹⁶.

Para concluir, reflexionemos seriamente sobre cómo tomamos nosotros como cristianos nuestras decisiones. Por lo general, lo hacemos de forma espontánea y automática, sin plantearnos los motivos profundos que nos conducen a ellas y sin confrontarlas con el evangelio. A ello se suman las presiones del medio, los propios prejuicios y las costumbres del entorno y el pluralismo reinante que actúan como fuerzas que nos impiden tomar decisiones conscientes y acordes a la voluntad de Dios. Comúnmente predominan los deseos de eficacia y de rentabilidad, tan propios de nuestro mundo actual, los mismos que producen una ambigüedad que se refleja claramente en nuestra vida cristiana. Y así transcurre nuestra vida, sin percatarnos de aquellas realidades personales, familiares, eclesiales, sociales, económicas, políticas, etc. que exigen de nosotros un verdadero discernimiento para dejarnos guiar por el Espíritu del Señor que nos invita a mirar el mundo y a actuar en él, pero no según nuestros propios criterios y caprichos, sino según los criterios de Cristo, pues es fácil que nos engañemos, tanto en lo que directamente nos concierne cuanto en otros campos que nos son más o menos conocidos. A este respecto, me permito nuevamente citar palabras del propio Arrupe: *“Una vez que hemos conocido lo que Dios espera de nosotros y por medio de la doble apertura a Dios y al mundo nos hemos sentido instrumentos de su Providencia, debemos hacernos “aptos” para lograr realizar nuestra labor del modo más perfecto que nos sea posible, buscando ese equilibrio recóndito entre el poder de Dios y la colaboración humana.”*¹⁷ (fin de la cita) “Hacernos aptos” exige de nosotros un conocimiento de la realidad, una constante reflexión y un esfuerzo ininterrumpido de mantenernos unidos a Dios a través del servicio a nuestros hermanos. En este sentido nos puede ser muy necesaria y útil una formación continua en los distintos campos específicos de nuestra misión laical y al mismo tiempo una formación que nos ayude a fortalecer nuestra fe para obtener una mayor claridad a la hora de enfrentar las realidades. Sin embargo, nada de esto nos será suficiente si no bajamos la vista y escuchamos la voz de Dios en el fondo de nosotros mismos, si no discernimos continuamente nuestras experiencias a la luz de la gracia para descubrir cuándo y dónde se nos manifiesta el Señor, si no somos capaces de mirar una y otra vez la acción del Espíritu

¹⁶ Arrupe Pedro, La Iglesia de hoy y del futuro, pág. 72

en el mundo y si no nos entregamos dócil y confiadamente, como Arrupe, con un AMEN y un ALELUYA a la voluntad divina en todos los momentos y circunstancias de nuestra vida.

¹⁷ Arrupe Pedro, La Iglesia de hoy y del futuro, pág. 695